

mencionado de H. Brandes (1) se encuentran reunidos muchos otros ejemplos.

Por de pronto, tales contradicciones prueban que los sincronismos del libro de los Reyes deben utilizarse con sumo cuidado, porque es evidente que contienen errores; sin embargo, estos errores pueden haber ocurrido en el curso de la última transmisión, y, por lo mismo, en el fondo de estos sincronismos puede haber algo de tradición legítima. Con todo, H. Ewald (2) ha reconocido que fueron calculados por el último reformador de la historia de los reyes sobre la base de los datos de cada uno de los reinados. Por razones de índole general, se puede deducir que el epitomista anterior al cautiverio no encontró datos sincronísticos, porque en Israel no se hubieran calculado los años de sus propios reyes según los de los de un pequeño reino cuyos reyes se consideraban como los verdaderos sucesores de David, como los legítimos reyes de Israel, y por su parte los judaitas no computarían los años de sus reyes según los de aquellos a quienes no reputaban legítimos reyes de Israel. Estos sincronismos son, pues, necesariamente resultado de cálculos posteriores.

Que no han sido producto de datos oficiales sino simplemente de las mismas cifras que han llegado hasta nosotros, y que por lo mismo solo pudieron ser combinados por un reformador de la historia de los reyes posterior al cautiverio, lo ha demostrado recientemente Wellhausen (3) continuando las indicaciones de Ewald y siguiendo el método adoptado por el mencionado reformador para calcular los sincronismos.

La suma de los años de los reinados de Israel por una parte y por otra la de los de Judá, desde la división del reino hasta la destrucción de Samaria, demuestra que las dos series no son iguales. Desde Jeroboam hasta la destrucción de Samaria gobernaron 22 reyes en 241 años, y desde Roboam hasta la misma época 13 reyes en 250 años. La diferencia se aumenta todavía si dividimos este período en otros dos muy naturalmente marcados por la caída de la casa de Omri. Reinaron desde Jeroboam hasta Joram en Israel 12 reyes en 78 años, y desde Roboam hasta Ahsaja en Judá 6 reyes en 75 años. Resulta, pues, que la serie de los reyes israelitas es tres años mayor. Aun es más notable la diferencia en el segundo período, desde la subida al poder de Jehú y Atalía hasta la destrucción de Samaria. Mientras que durante este período reinaron en Israel 10 reyes en 143-144 años, en Judá solo reinaron 7 en 165 años. Aquí, pues, la diferencia es de unos 20 años, que tiene demás la serie judaita.

El autor de los sincronismos procura ocultar estas diferencias, como ya Wellhausen demostró que había hecho por lo que toca al primer período, y por lo mismo es probable que haya procedido de igual suerte con el segundo. Lo consigue casi por completo en la primera mitad del primer período, tomando las sumas judaitas en todo su valor y rebajando todo lo posible las israelitas.

Jeroboam reinó 22 años.	Roboam reinó 17 años.
Nadab » 2 »	Abías » 3 »
Basa » 24 »	Asa » 41 »

Si se tomaran todos los años como completos, el primer año de Nadab sería el tercero de Asa, y el primero de Basa el quinto. Pero el autor de los sincronismos hace subir a Nadab al trono en el 2.º año de Asa y a Basa en el tercero,

(1) *Estudios sobre la historia de Oriente en la antigüedad*, págs. 62 y siguientes.

(2) *Historia del pueblo de Israel*, tomo III, pág. 464.

(3) «Computación del libro de los Reyes desde la división del reino» en los *Anuarios de la Teología alemana*, 1875, págs. 60 y siguientes.

1. Reyes, 15, 25. 28. Así iguala cuatro años de los reyes israelitas a dos de los judaitas. Siguiendo, pues, esta habilidad calculadora en toda la serie, obtiene finalmente un número mayor a favor de la columna judaita. A los 12 años de Joram de Israel corresponden 18-25 de Josafat, 1-8 de Joram de Judá, 1 de Ahsaja de Judá = 17 años, ó sea un sobrante de 5 años.

De esto se deduce que los sincronismos no son en manera alguna — como se había creído generalmente en otro tiempo — un medio para calcular las sumas de los años de los reinados. Pero, ¿cómo hemos de proceder para igualar unos con otros los varios datos sobre la duración del tiempo transcurrido desde la entronización de la dinastía de David hasta la destrucción de Samaria? Hasta hace poco se ha procurado conseguirlo por la reducción de los años excedentes que resultan del primer período en la serie de los reyes israelitas, y en el segundo en la de los judaitas, ó añadiendo los que faltaban en una serie. Lo primero se obtenía enlazando los reinados de cada dos reyes por la hipótesis de un reinado común; lo segundo mediante la suposición de interregnos, y á menudo se empleaban ambos medios á la vez para poner en concordancia las series de reyes de los dos reinos (4).

Si este método ofrecía por sí mismo graves inconvenientes, porque con la carencia completa de noticias seguras sobre los citados interregnos y reinados comunes (5) se dejaba abierta la puerta á la arbitrariedad, tampoco podía conducir á resultados precisos, porque, como advirtió E. Krey el primero (6), son también artificiosas las cifras de los reinados, no solo las sumas totales de los períodos del tiempo de los reyes sino también las de los reinados considerados aisladamente, que estaban destinadas á concordar con aquel sistema cronológico según el cual la edificación del templo era el punto medio entre la salida de Egipto y la vuelta del cautiverio. La cifra que se indica como la suma total de la serie de los reyes israelitas, y que, como ya vimos, no concuerda con la correspondiente suma de la serie judaita, solo puede explicarse como una adaptación á aquel sistema. Si sumamos los reinados israelitas, obtendremos un total de 242 años, pues que el primer período desde Jeroboam hasta la muerte de Joram abraza 98 años, y el de Jehú hasta la destrucción de Samaria 143-144. Teniendo en cuenta el arte de los antiguos cronólogos, según queda explicado, podríamos suponer desde luego que la cifra 242 representa 240, ó sea la mitad de 480; pero si lo miramos con mayor detenimiento, resulta que aquellas dos series deben sumar precisamente 240, esto es, la mitad del período del templo; y esto nos lleva á la segunda observación de Krey de que también las cifras de la duración de los distintos reinados fueron arregladas artificialmente, y que el primer período contiene el exceso de 2 años, ya indicados, que se ha de eliminar. Así, reinaron:

Jeroboam 22 años	Basa 24	Omri 12	Ahab 22
Nadab 2	Ela 2	Ahsaja 2	

ó sean 8 reyes, que en junto reinaron 98 años. Los dos excedentes están en el reinado de Basa; si se fijan á éste 22 años en vez de 24, reinaron entonces los ocho en junto 96 años, esto es, 12 años cada uno. Y este número es la cifra funda-

(4) Se encontrarán enumerados estos métodos en la obra ya citada de H. Brandes, pág. 42.

(5) Solo hay testimonio del reinado común de Usías (Ahsaja) y Joatham.

(6) E. Krey: «Computación del libro de los Reyes», en la «Revista de la Teología científica» publicada por A. Hilgenfeld, 1877, año 20, páginas 401 y siguientes. Véase también Bleek: *Introducción al Antiguo Testamento*, pág. 265.

mental para todo el período, encontrándose además 22 y 2. Estos sumados dan $24 = 2 \times 12$.

De modo igualmente artificioso está arreglado el período desde Jehú hasta Oseas. Este período comprende nueve reyes que juntos reinaron 144 años, esto es, 16 cada uno. Pero la cifra fundamental de las series judaitas es el 40, aunque no aparece claramente más que en David, Salomon y Joás; en los demás está disimulada con mucha habilidad. Así se dice que reinaron Josafat (25 años), Joram (8), Ahsaja (1) y Atalía (6) ó sea, en junto, 40 años. Ahora bien: toda la serie de los reyes judaitas se puede reducir á la cifra fundamental 40 en la forma siguiente:

Roboam	17	}	=	20 (1 40)
Abías	3			
Asa				41 (40 + 1)
Josafat	}	}	=	40
Joram				
Ocozías				
Atalía				
Amasías	29	}	=	81 (2 x 40 + 1)
Azarías	52			
Joatham	16	}	=	38 (40 - 2)
Acáz	16			
Ezequías - 722	6			

Aquí se compensa el exceso de los reinados de Asa, Amasías y Azarías sobre la cifra fundamental, con la falta que resulta en los reinados de Joatham, Acáz y Ezequías (-722). Además, el resto del reinado de Ezequías (23 años) sumado con los de Manasés (55) y de Amon (2), da la cifra $80 = 2 \times 40$.

Semejante combinación de cifras no es producto de la casualidad sino de un cálculo habilidoso. Si, pues, todas las cifras de los libros de los Reyes están calculadas con otras cifras que se indican para sucesos que radican fuera de todo recuerdo histórico con el fin de que formen juntas un sistema cronológico, debemos sacar la siguiente consecuencia: que todas las cifras del libro de los Reyes que no se encuentran comprobadas por otra tradición, fuera de la contenida en aquel, carecen de todo valor histórico. Con esto no queremos decir que todas ellas sean hijas de la invención: por el contrario, la observación constante del curso de la historia demostrará que los períodos históricos no han podido ser borrados por completo por aquella reforma cronológica. Pero el lector deberá resignarse á considerar como conjeturales y sujetas á error casi todas las fechas que se fijan á hechos ocurridos en Israel en el tiempo anterior al cautiverio que no estén comprobadas por pasajes de los escritos proféticos ó por noticias no israelitas. Con todo, esperamos que por consecuencia de esta investigación habremos arrojado nueva luz sobre la altísima importancia que en este punto tienen para nosotros las noticias históricas de los asirios, y aquí debemos hacer presente que solo se pueden fijar en cierto modo los reinados aislados de los reyes israelitas cuando de ellos se hace mención en inscripciones asirias. Existen en lo esencial cinco puntos de coincidencia en las historias asiria é israelita que nos pondrán, por lo general, en situación de fijar datos con alguna seguridad acerca de la duración de los reinados israelitas. Véanse estos puntos:

- 842. Tributo de Jehú á Salmanasar.
- 738. Tributo de Manahem á Teglatfalasar.
- 734. Expedición de Teglatfalasar contra Pekah.
- 722. Caída de Samaria.
- 701. Liberación de Jerusalem del asedio puesto por el ejército de Senaquerib.

De los tres últimos sucesos indica el libro de los Reyes en qué año ocurrieron del respectivo rey judaita ó israelita. Por este medio, aunque partiendo siempre de la suposición de que las cifras del libro de los Reyes pueden ser erróneas, podemos calcular en sentido retrógrado y encontrar el año en que subió al trono el respectivo rey. Con mucha mayor seguridad, como se comprende, se pueden calcular los años de los reinados posteriores á 722, pues aquí, como ya hemos dicho, los datos del libro de los Reyes no solo se pueden comprobar por medio de las inscripciones sino también por las noticias de los escritos proféticos, y, por lo mismo, se pueden demostrar en su mayor parte con toda exactitud. Esta exactitud es aun más marcada, pues, como ya hemos tenido ocasión de ver, la computación por años de reinado, á lo menos para el tiempo de Jeremías, se puede demostrar (1, 2, 3, 25, 1, 28, 1), mientras que para los tiempos más antiguos solo se encuentra como justificante para la determinación cronológica de un suceso, el año de la muerte de un rey. Un acontecimiento de esta índole siempre forma época, en igual grado que otros, como el gran terremoto, por el cual computa Amós, 1, 1.

Con todo, para adoptar este sistema de computación debemos saber primeramente lo qué entiende el libro de los Reyes por el año primero de un rey. En los cálculos que hemos hecho anteriormente, hemos sumado las cifras indicadas por el libro de los Reyes para los diversos reinados. Ahora bien: los reyes no morirían precisamente al finalizar un año civil ó de su reinado; y como el exceso sobrante no está indicado en parte alguna, debe de haber sido compensado en una ú otra forma y, probablemente, habrán sido contados como año entero los meses excedentes. Esto último exigiría que un año ya empezado fuese atribuido al propio tiempo al reinado del difunto y al de su sucesor; mas de este modo se habría originado un sistema de computación completamente inservible lo mismo para fines históricos que para la vida común, y es más probable desde luego que el cálculo del historiador se conformara con los usos comunes. Esto exigía necesariamente que un solo año no pudiese ser atribuido sino á un solo rey, como también que no se hiciese diferencia alguna entre el año civil y el de la subida al trono (1). Se ofrecían, pues, dos medios para compensar la fracción: ó se atribuía todo el año en que un rey subía al trono al mismo rey como el primero de su reinado, ó se computaba como último de su antecesor, y solo se contaba el siguiente civil como el primero del nuevo rey. Lo primero no era practicable, pues á la muerte del rey respectivo debía de existir ya multitud de escritos que llevaban la fecha del correspondiente año de reinado, siendo ya costumbre entonces designar el año civil como el tantos del respectivo rey. Por esto mismo parecía recomendarse por sí el segundo medio, y de que éste fué el que se empleó, pueden aducirse varias pruebas (2). Solamente cuando se trata de reyes que han gobernado menos de seis meses se fija la duración de su gobierno por meses, y de esto parece deducirse que á los que habían

(1) Véase Marcus von Niebuhr en su obra ya citada, págs. 53 y siguientes.

(2) Algunos soberanos modernos acostumbran á fijar al pié de sus decretos y al lado del año de nuestra era el de su reinado. Con todo, este último no tiene importancia alguna para los contemporáneos; su mención es una pura fórmula que para nada interesa al historiador; sin embargo, entre los antiguos hebreos este método de computación por años de reinado, que para nosotros es completamente supérfluo, representaba precisamente la era, que tan indispensable es para representarnos la manera de contar de un pueblo. Este cómputo por años de reinados hubiese sido completamente inútil para el judaísmo si el año civil no hubiese sido equivalente al año de reinado. ¿Quién podría tener siempre en la memoria el mes en que el príncipe reinante había subido al poder?

reinado mas de seis meses se les atribuía todo el año. Esto es natural, porque gobernaban entonces en un nuevo año que les era computado; pero á aquellos que habian reinado menos de seis meses no se les podia computar el año á menos que no hubiesen subido al trono despues del séptimo mes. Esta conclusion solo podria ser rechazada suponiendo que casualmente no hubiese habido reyes cuyo reinado no abrazara 7-11 meses de un año civil.

Este método de computar los años de los reinados era tambien, por otra parte, muy usual en Oriente. En su apoyo podemos aducir: a) el testimonio del Talmud (*Rosch hashchana 2.^a*): *El Nizan es para los reyes el principio del año y un día en el año (despues del Nizan) se cuenta como un año;* b) del mismo modo computa la astrología que es de origen babilónico: se establece el horóscopo del recién nacido segun la primera hora entera en que ha vivido y no segun

aquella en que nació; c) los grandes reyes asirios acostumbraban igualmente á diferenciar el año de su subida al trono del primero de su reinado (1).

Viene aquí muy á propósito una observacion que hemos hecho en Ezequiel. Este pone el año del cautiverio no en el undécimo de Joaquin, en el cual empezó, sino en el siguiente completo ó sea el primero de Sedecías; compárese Ezequiel, 24, 1. 2 con 2. Reyes, 25, 1. Por estas razones opinan con fundamento Marcus von Niebuhr (2) y Wellhausen (3) que tambien los antiguos hebreos acostumbraban á designar como el primer año de los reinados de sus príncipes el siguiente de su subida al trono; por lo mismo cuando en el curso de esta historia computemos años de reinado deberá entenderse que lo hacemos con arreglo á la opinion de aquellos autores, y, por consiguiente, el de la subida al trono lo computaremos como último del reinado precedente.

LIBRO SEGUNDO

HISTORIA PRIMITIVA DEL REINO DE ISRAEL

1. Consideraciones generales sobre el país y sus pobladores

La historia del pueblo de Israel se ha desarrollado dentro de los estrechos límites de un pequeño pedazo de tierra de caracteres sumamente especiales (4). Limitada al Norte por

(1) E. Schrader: «Crítica del Antiguo Testamento», 284. Jeremías no hace esta diferencia, compárese 26, 1. 27, 1 con 28, 1.

(2) Véase su obra ya citada, págs. 51 y siguientes.

(3) *Anuarios de la Teología alemana*, 1875, págs. 622 y siguientes.

(4) Solo á grandes rasgos puede hacerse aquí la descripción de la Tierra Santa; pero no es preciso hacerlo mas minuciosamente, porque el conocimiento de sus caracteres geográficos no es necesario mas que en la medida indispensable para dar alguna luz sobre la marcha de la historia de Israel. Los puntos de vista mas importantes que deben tenerse en cuenta aquí sobre esta materia, serán objeto de este capítulo. Apenas en otro período de la historia de Israel derramará tanta luz una comparación de las tradiciones históricas con las circunstancias geográficas como en la época anterior á los reyes. Las cortas consideraciones que siguen bastarán, así lo esperamos, para demostrar este aserto y facilitarán en alto grado al lector la inteligencia de la historia primitiva de Israel, contribuyendo asimismo á justificarnos desde luego á sus ojos por no someter á una investigación prévia la imagen tradicional de la toma de posesión de la Tierra Santa por las tribus israelitas, limitándonos á indicar con toda brevedad por qué es falsa y engañadora. En el transcurso de este libro reseñaremos aquellos detalles geográficos que deben ser conocidos para la mejor comprensión de los sucesos históricos que han de relatarse. Para mas pormenores remitiremos al lector á K. Ritter: «Conocimiento de la Tierra», partes 15 y 16, Berlin, 1851-52. K. Raumer: «Palestina», cuarta edición, Leipzig, 1860, como tambien á los artículos geográficos de Furrer en el «Lexicon de la Biblia» de Schenkels. Una descripción tambien sucinta pero muy inteligible de la situación geográfica de la Tierra Santa es la que hace H. Kiepert en su tratado de la «Antigua geografía», Berlin, 1878, págs. 72 y siguientes. En la obra de Bädcker: «Palestina y Siria», segunda edición, Leipzig, año 1880 (redactada por A. Socin), encontrará el lector material muy abundante y bien distribuido. Los estudios geográficos hasta el año 1867 se encuentran reunidos en T. Tobler: *Bibliotheca Geographica Palestinae*, Leipzig, 1867. Los posteriores al año 1877 han aparecido reunidos en las «Memorias anuales» publicadas por A. Socin en la «Revista de la Asociación alemana de Palestina.» El mejor mapa de gran tamaño de toda la Tierra Santa es todavía el de C. W. M. van de Velde. Gotha, 1866. Nuestros conocimientos acerca de las condiciones geográficas de la

la comarca alpina del Líbano y del Hermon (5), al Occidente por el Mediterráneo — por lo que acostumbran á decir sus moradores «hacia el mar» en vez de «hacia el Occidente» — y separada por el desierto al Oriente de las antiguas tierras

Tierra Santa en los tiempos antiguos y mas remotos están aun bastante atrasados, si bien en los últimos cuarenta años se ha trabajado mucho en los descubrimientos de aquel país; y sobre todo desde que por encargo de varios gobiernos y de sociedades formadas especialmente para este objeto se han seguido estos estudios sistemáticamente, hay que reseñar muy notables progresos, siendo dignos de especial mención los estudios emprendidos por Molineux en 1847 sobre el Jordan por orden del almirantazgo inglés y los que hizo en 1848 Lynch sobre el mar Muerto por encargo del gobierno de los Estados Unidos de la América del Norte. En Inglaterra, Norte-América y Alemania existen sociedades para el estudio de la Tierra Santa. Las dos primeras se han encargado de la medición de aquel país, haciéndola los ingleses en la parte occidental del Jordan y los norte-americanos en la oriental; sin embargo, hasta ahora solo los ingleses han llegado al término de su trabajo. (*The great Map of Western Palestine. In 26 Sheets from Surveys conducted for the Committee of the Pal. Exploration Fund by C. R. Conder and H. H. Kitchener during the Years 1873-77. London, 1880.*) La Palestina es cada día mas frecuentemente visitada. Entre los viajeros que la han recorrido ó que merced á una prolongada permanencia en aquel país han reunido observaciones que han aumentado nuestros conocimientos, debemos mencionar los americanos: Robinson, E. Smith y Merrill; los ingleses: Conder, Drake, Kitchener, Morrison, Rogan, Tristram, Warren y Wilson; los alemanes: Furrer, Schik, Socin, Tobler y Wetzstein; los holandeses: Van de Velde, y los franceses: Clermont-Ganneau, D'Albert, Duc de Luynes, Guerin, de Saulcy y de Voqué. Hasta ahora han sido los ingleses los que sin duda alguna han mostrado mayor celo; sin embargo, aunque muy seguros en las investigaciones técnico-geográficas, tan pronto como entran en el dominio de lo antiguo y á causa de su desconocimiento por lo general completo de la crítica bíblica, han producido con frecuencia resultados muy dudosos. Sobre la base de los trabajos ingleses están publicando actualmente, en casa de Hallberger, en Stuttgart, G. Ebers y H. Guthe una obra titulada: *Palestina ilustrada.*

(5) Jermon, esto es, la montaña consagrada, es el nombre de la cúspide de la montaña del Sur en que termina aquella cordillera, que se acostumbra tambien á llamar, segun el precedente de los griegos, anti-Líbano ó mas correctamente Anti-Libanos. Segun Deut., 3, 9, los primitivos cananeos llamaron á esta montaña Senir y los sidonios (fenicios) Siryon. Pudiera ser que primitivamente estos distintos nombres se refirieran á distintas cúspides de aquella dilatada cordillera.

de labor en el Eufrates y el Tigris y al Sudoeste de las del Nilo, se extiende entre los 31 y 33 grados de latitud la tierra que acostumbramos á llamar, ya sea con el nombre de Palestina, que le dieron los griegos, ó con el de Santa por ser la cuna de nuestra religion.

Esta tierra desde muy antiguo ha llamado la atención por los contrastes que ofrece. Desde el Norte se levanta el Hermon como atalaya que se vé desde léjos, que alcanza á la region de las nieves perpétuas, monte de 2,800 metros de altura, con sus escarpadas laderas y sus cúspides cubiertas de nieve la mayor parte del año. El rio que nace á sus piés se pierde en una hendidura del terreno muy por bajo del nivel del Mediterráneo. Así ofrece al lado de comarcas alpinas otras con clima y flora tropicales, en las cuales no solo crece la palmera, sino que da regularmente sus frutos. Al lado de estepas y desiertos de imponente monotonía y esterilidad, contiene oasis de la mas exuberante producción en los cuales

en un tiempo prosperaban los balsamodendros, y al lado de rocas calcáreas tostadas por el sol, con una flora pígmea, valles ubérrimos con los mas preciosos frutos del Sur.

Es un país de cortísima extensión (1), apenas suficiente para mantener una población numerosa, y sin embargo, mirado detenidamente, se divide en dos comarcas de condiciones de vida tan distintas, que por lo que sabemos nunca ha sido ocupado por una nación uniformemente organizada, y no lo fué ni cuando desde sus costas se dominaba el Mediterráneo, ó, lo que entonces era lo mismo, el mundo.

Está dividida la comarca en dos mitades por el cauce del Jordan (2), que toma sus aguas del Norte, Este y Oeste.

Tambien Egipto está dividido en dos partes por un rio; sin embargo, ¡qué contraste tan extraordinario entre estos dos países! Allí lleva el Nilo todos los años la fertilidad á la tierra cultivada en sus márgenes, brindándole la humedad necesaria á la agricultura; hombres y animales beben sus



Lago de Genezareth

aguas; es la gran vía de comunicación para todo el Egipto; lleva á millares los barcos, botes y canoas que hacen el tráfico rio arriba y rio abajo, entre las dos mitades del país. El Jordan, en cambio, corre en la mayor parte de su cauce por tierra inculta; solo bosques y madrigueras de innumerables animales pueblan sus orillas; solo es navegable cuando sus aguas alcanzan la mayor altura, y aun entonces es peligroso á causa de su impetuosa corriente y por lo general no es vadeable sino á trechos muy largos. Que el Jordan divida las dos comarcas es un efecto de la naturaleza del valle en el cual se ha formado su lecho (3).

La depression del terreno en que tiene su cauce el rio se extiende, cortando al Sur del Líbano la cordillera calcárea, hasta el golfo Arábigo. Llamada en la antigüedad en el trozo que va desde Jericó en dirección al Sur hasta el mencionado golfo, Araba (4), esto es, las Estepas, está situada en la mayor parte de su trayecto bajo el nivel del Mediterráneo, y una parte menor á mas bajo nivel todavía. Su porción mas profunda se halla hacia el centro, y desde allí se eleva de

(1) Comprende aproximadamente unas 400 leguas cuadradas.

(2) En hebreo Jardén. Este nombre parece ser indudablemente de origen cananeo; significa «el que baja» y se llama así por su rápida caída.

(3) Véase el mapa hipsométrico.

(4) Este nombre lo conserva todavía el trozo al Sur del mar Muerto, y el que se encuentra entre éste y el lago de Genezareth se llama actualmente al-Jor.

nuevo en dirección al golfo Arábigo hasta formar una especie de dique. Todas las fuentes que nacen al Norte de este dique, que solo se encuentra á 240 metros sobre el nivel del mar, y las aguas que en él se precipitan, deben por lo mismo correr hacia la parte mas profunda de la depression: al golfo Arábigo nunca han podido llegar.

Así, pues, el Jordan, que corre desde el Norte por aquella depression, no se ha comunicado jamás con el golfo Arábigo, segun lo que alcanzan los conocimientos humanos. Sus fuentes proceden de las faldas meridional y occidental del Hermon, y ya en su nacimiento se encuentran á muy poca altura del nivel del Mediterráneo, pues el Hermon como todas las montañas calcáreas tiene la propiedad de recoger las aguas de los manantiales en hendiduras dándole salida por su falda en forma de arroyos. Las principales son tres: Jasbani (5), la mas occidental; al oriente de ésta y corriendo en parte paralela con ella el-Leddán, la verdadera fuente principal, que Flavio Josefo llamó el pequeño Jordan, y la Bányás (*Paneas, Casarea Filippi*), que nace en una de las rocas de la falda meridional del Hermon.

A estas fuentes, como á todas las demás procedentes del Hermon y del Líbano, igualmente que á las demás aguas de las montañas del Este y del Oeste, les obliga á reunirse en un lago una eminencia volcánica que aparece en la depression ya citada, y así se forma el lago llamado actualmente el-Jule,

(5) Los antiguos nombres hebreos son desconocidos.